



Huberto Batis

Siempre he dicho que la Universidad y, en particular, nuestra Facultad, es el lugar de los afectos. La ciudad en la que vivimos, a pesar de ese enorme y extraño atractivo que nos hace añorarla cuando estamos lejos de ella, nos obsesiona a diario su dureza, su acritud, su crueldad, su dolor también.

Cuando entramos en CU, en la Facultad, sentimos de repente que es el espacio privilegiado de colegas y estudiantes, de un ir y venir de gente afín, toda ella contenta –de manera consciente o inconsciente– de estar aquí en nuestra *alma mater*, rodeado de miradas inteligentes y sensibles. No necesitamos hablar de Shakespeare o de Derrida para saber que tenemos un fundamento colectivo palpable pero experimentable, y el aluvión de jóvenes que captan ese clima de afectos en esta casa es, al cabo de los años, nuestro más alto premio colectivo.

En los años jóvenes, todos empezamos a escoger nuestra vida universitaria de manera personal, subjetiva, casi privada, y al entrar aquí nos encontramos con que, con la misma libertad y subjetividad, otros muchos han escogido lo mismo que nosotros. Y ésa es la felicidad que no se paga

◆ Expresiones El lugar de los afectos

FEDERICO ÁLVAREZ
(Profesor del Colegio de Letras Hispánicas)

• Homenaje a Huberto Batis

con nada y nada tiene que ver con el mundo de la competencia y del dinero que borra el perfil humano que aquí compartimos.

Empiezo así estas palabras mías, porque, cuando entré en la UNAM, primero en el Palacio de Minería, luego en CU, en nuestra Facultad, como estudiante, hace muchísimos años, sentí precisamente ese oxígeno distinto que aquí respiramos y que me hacía correr a mis clases como al entorno de una felicidad no descubierta hasta entonces.

Cuando hablo de todo esto, pienso, ustedes lo habrán presentado, de mi amistad vieja y entrañable con Huberto Batis nacida entre estas paredes. Veníamos de rumbos geográficos e ideológicos casi antípodas, pero, en definitiva, escogimos, sin conocernos, esa vida afín que todos, de una manera u otra, compartimos. La camaradería con Huberto se gestó como se generan todas las camaraderías: con el descubrimiento absolutamente involuntario de gustos y vocaciones semejantes. Hablábamos de cosas banales o importantes que nos interesaban por esa elaboración sencilla y esencial que es la amistad: profesores que nos recomendábamos, libros que intercambiábamos; entrada, con otros camaradas, en los ámbitos más públicos de la cultura:

Revista de la Universidad, Revista Mexicana de Literatura, suplemento de *Siempre* (nuestra columna semanal compartida –con él y con José Emilio Pacheco– “Los libros al día”, preparación de números especiales con Carlos Fuentes, Flores Olea, Enrique González Pedrero (los mismos que hacían *El Espectador*); la Casa del Lago (Rafael Elizondo, gran pianista, Alicia Urueta), el Fondo, todavía en Parroquia: cobrábamos modestísimos honorarios por nuestras pobres crónicas. Dictámenes y recensiones, pero participábamos y compartíamos la confianza de nuestros mayores (Fernando Benítez, García Terrés, Juan Rulfo, León Felipe, Juan Rejano, Alí Chumacero, Max Aub, Joaquín Díez-Canedo, Arnaldo Orfila) y de nuestros profesores (María del Carmen Millán, siempre la primera, el doctor Alcalá, don Julio Torri, Ernesto Mejía Sánchez, Antonio Alatorre, Sergio Fernández, el doctor Bolaños, Agustín Yáñez, José Luis Martínez, Juan José Arreola, Gaos (cuando nos colábamos en su clase); y nuestra linda generación, cuya historia has hecho en tus dos libros de memorias fundamentales sin los cuales no se cobra conciencia de todo aquello: Juan García Ponce (la aparición de *Figura de paja* y *La noche*) y su hermano Fernando, José

Emilio (*Los elementos de la noche*, libro bello), Juan Vicente (*Obediencia nocturna*: siempre la noche, una retórica, una obsesión, una herencia, un modo de vivir, ¿no?), Carlos Monsiváis, Sergio Pitol, Iburgüengoitia, Inés Arredondo, Margo Glantz, Luis Prieto, Esther Seligson, Gurrola, Pixi (y las fiestas cándidamente orgiásticas en nuestro Peiton Place, el edificio emparrado de Mazatlán, donde vivían Juan José y Juan Vicente) y todas nuestras preciosas novias y luego esposas (y no digo más); amigos hermanos –“hermanito” era el saludo de Fernando Benítez–: José Luis Ibáñez, Vicente Rojo, Manuel Felguérez, Lilia Carrillo, Rita Murúa, José Carlos Becerra (en las reuniones del Comité Editorial de la *Revista de Literatura Mexicana*), JoMi y María Luisa, José de la Colina, Jacobo Chencinsky, Alicia, siempre colaboradora cercana y cordial, Tito Monterroso, Carlos Illescas... (a veces pienso que nos veíamos todos los días, no estábamos tan enloquecidos de trabajo como ahora).

A mediados de los sesentas me fui a La Habana (seis años intensos, inolvidables), y en el 71 a España. Fue un intento frustrado de desexilio que duró diez años, con frecuentes viajes a México. Cuando uno se va, los que se quedan lo olvidan, pero quien se va vive lleno de recuerdos.

Cuando volví, uno de los momentos entrañables fue abrazar a Huberto. Y ya hasta hoy. Nuevamente edición de revistas, suplementos, notas de libros. Y libros, y clases. De nuevo este lugar de afectos y, ahora, lugar de memorias gracias a ti y a este homenaje que mantiene viva la unidad hermosa de los libros y de las ideas en la que vivimos. ◆